

—Que me solteis! gritó Mondoñedo.

—No, un crimen jamas, su sangre no correrá delante de mí, venid, caballero, venid por compasion!

—Ese beso es su sentencia! exclamó rabioso el estudiante.

Eloisa, con ese vigor que se despierta en la constitucion nerviosa de la muger cuando se desencadena momentáneamente el despecho, asió al jóven y lo arrastró hasta ponerlo en la puerta de su aposento.

El conde atravesó como un fantasma delante de Eloisa, que se pegó al dintel huyendo del contacto de aquel hombre siniestro.

## CAPÍTULO XII.

Del paréntesis que abre el autor de este libro para decir algo sobre el jefe supremo.

### I.

El general Forey, nombrado comandante en jefe de la expedicion despues de la derrota del 5 de Mayo, llegó á Veracruz con un tren inmenso de guerra y tropas de desembarco, para llevar adelante la empresa de Napoleon III.

La Francia enviaba sus mejores tropas para lavar en lo posible la mancha imborrable de su bandera.

Todo amenazaba un pronto cataclismo, y la nube crecia y se condensaba, y aparecia el horizonte como un manto de muerte que se iba estendiendo en el cielo de la República.

El viejo general Forey, aquel veterano que hizo la *veteranada* de esconderse durante el asalto de la torre de Malakoff, era el caballo de batalla de Napoleon III para llevar adelante su malhadada empresa.

Llegó, como deciamos, á la ciudad heróica, donde fué reci-

bido como el Mesías, porque la situación de Laurencez era punto menos que insostenible: el infeliz derrotado de Puebla fué relevado del mando por Forey, declarado loco por el ejército, y silbado por el pueblo; decididamente, no era envidiable el estado de ese militar francés.

Forey, huyendo de la zona del vómito, pasó á Orizava, no sin dejar en el puerto tres ó cuatro proclamas que nadie quiere recordar.

Llegó el veteranísimo á la ciudad mencionada, donde se le hizo un gran recibimiento por el gobierno del jefe supremo, que en gran tren y seguido de su *ministerio*, dió la bienvenida al general: este excelentísimo señor, en prueba de fraternidad, y como una muestra de lo que los mexicanos intervencionistas podían esperar de la Francia, espetó el siguiente decreto que le supo á acíbar al jefe supremo:

“El general en jefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano, y en particular á los habitantes de Veracruz, según la disposición que hemos recibido, que el gobierno instituido por el Sr. general Almonte, sin el concurso de la nación, no tiene de ninguna manera la aprobación de la intervención francesa, y que el general Almonte tendrá que:

- 1.º Disolver el ministerio que creó.
- 2.º Abstenerse de dictar ninguna ley ni decreto, y
- 3.º Dejar el dictado que indebidamente tomó de jefe supremo de la nación, concretándose en lo sucesivo del modo más perentorio á las instrucciones dadas por el emperador *para proceder en lo posible con los otros generales mexicanos acogidos á la bandera francesa, á la organización del ejército mexicano, que obrará solamente bajo nuestras órdenes.*—FOREY.”—Veracruz, 4 de Setiembre de 1862.”

Conciso era el general Forey, pero incisivo en extremo. Jefe supremo, ministerio, empleados, generales, decretos,

circulares y grandes sellos, todo desapareció de la carpeta política, voló hecho átomos, se pulverizó, quedando en pié una docena de infortunados en el cadalso de la vergüenza.

Los sentimientos *patrióticos* de Almonte y su camarilla, los obligaron como á D. Simplicio, á renunciar generosamente á sus sueños de gobierno, y á quedar de *caballeros particulares* en la corte del Murat de 863.

Forey les dispensaba su alta protección invitándolos á su mesa; en cuanto al ministro Saligny, aconsejó al jefe supremo que se curase la pesadumbre con *coñac*, que era el licor del olvido.

Almonte, que siempre era más decente que Saligny, no aceptó el consejo, á pesar de su angustia, que era dolorosísima.

Forey esperaba la llegada de *todo* el contingente de guerra; apenas tenía treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, demasiado poco para comenzar sus operaciones contra un ejército de menos de veinte mil hombres.

Entretanto, divertía su fastidio calavereando en Orizava, é inquiriendo hasta los menores detalles sobre el ejército mexicano, el progreso en sus elementos de defensa, y acumulación de tropas en la plaza de Puebla y sus alrededores.

Seguro estaba de la victoria, toda vez que los mexicanos no podían contar con tropas suficientemente disciplinadas que oponer á los más bizarros batallones del ejército francés.

El viejo general se deleitaba con el pensamiento de alcanzar el bastón del mariscalato y una cruz más que colgar á su cuello encorvado y apoplético.

La ambición es el sueño eterno de los soldados. Forey estaba en su derecho, ningún déspota tuvo esclavo más sumiso, ni verdugo más obediente.

El viejo estaba tan posesionado de su papel, que mandó hacer su busto en bronce, y se permitió regalarlo á la ciudad como un rico presente.

La posteridad nunca nos hubiera perdonado el no haber te-

nido entre los objetos del museo nacional la efigie del vencedor de Puebla.

La modestia no era seguramente la virtud que mas distinguía al general Forey.

Es de sentirse que aquel retrato haya desaparecido de la galería zoológica para entrar en la tumba del olvido y en la atmósfera de la silba.

## II.

Forey obsequió con un baile á la sociedad de Orizava.

La oficialidad sacó á relucir sus galones, Almonte y su comparsa los suyos, y un número reducido de señoras sus atavíos de gala.

El salon parecia un cuerpo de guardia; apenas se distinguía un frac, ó un individuo sin las alhajas del soldado.

Aquella noche todo pertenecía al escalafon.

Comenzó la danza y la algazara extraña para nuestra sociedad, en ese vértigo terrible de la locura francesa.

—¿Qué os parece, señor general, de todo esto? preguntó Saligny al general Forey.

—Aun no me puedo formar idea, porque la mayor parte de las familias no han aceptado la invitacion.

—Ya se les irá quitando el escrúpulo.

—No esperaba un desaire.

—Es que la ciudad es reducida, y aquí teneis todo lo que puede frisar con nosotros.

—No conozco el país.

—Cuando llegemos á la capital será otra cosa, allí está el foco del partido intervencionista, allí seremos acogidos de una manera mas conveniente.

—Hay aquí mexicanas hermosísimas, señor ministro.

—Sí, no lo niego, sobre todo una que me despierta el entusiasmo.

—Es peligroso á nuestra edad ese despertamiento.

—Diablo de viejo! gruñó Saligny, nivelarme con él en años, esto es una barbaridad.

—Estais pensativo, señor ministro.

—No, me habia fijado en la jóven susodicha.

—Es de aumento vuestro lente?

—No exagero, general, ved á esa jóven, es la mas hermosa de la reunion.

—Sí, efectivamente, tiene una dentadura admirable; vedla ahora, señor ministro, es el momento.

La jóven se sonreia con un capitán ayudante de Forey.

—No me hace mucha gracia lo que vos llamais el momento, porque vuestro ayudante no deja de ser temible.

—Algo, señor ministro, algo, es el mas calavera del ejército, y se tiene por un galanteador de primera fuerza.

—Hablemos de otra cosa; ¿cómo os fué de *cuadrilla de honor*?

Aquello era una sátira al viejo, que bailaba detestablemente haciendo una caricatura graciosísima.

—Y á vos? contestó el general, ya veo que sois ducho en esto de evoluciones, siempre al diplomático se le distingue en todas partes, es lástima que seais miope.

—Me la volvió con usura, pensó Saligny, y luego continuó:

—No deja de tener su gracia el hacernos bailar.

—Es simplemente una fórmula de etiqueta; perdonad, pero la jóven que os agrada sigue batiéndose con mi Estado Mayor.

—No hagais caso, vuestros ayudantes salen pasado mañana para Puebla, y es negocio acabado.

—Es que pueden dejar firmados algunos convenios.

—Señor general, estais esta noche de broma.

—No, pero veo que es mas natural que las conquistas se hagan por los jóvenes, que no por nosotros.

—Está pesado el viejo como un demonio! murmuró desespe-

rado Saligny, sin quitar su lente de la muchacha, que coqueteaba á todo su sabor con un círculo de oficiales.

—Vamos, señor ministro, no hay que fastidiarse, es necesario darle á la época lo que es suyo; esa jóven está mas contenta con el capitán, que con todo un plenipotenciario de S. M. el emperador.

—General, habeis creído que tengo empeño en el negocio, y me dais una broma.

—No os empeñeis en negarlo, señor ministro, porque tendré sospechas.

Saligny comenzó á reirse, para disimular lo escocido que se hallaba con el bromazo que estaba recibiendo.

### III.

—Estoy desesperado, amigo mio, exclamaba un mozalvete almibarado como un caramelo; estos oficiales no dejan bailar ni una sola pieza, todo lo han monopolizado.

—Eso ya lo sabias.

—Sí, pero esperaba de la galantería de nuestras paisanas, que nos prefirieran al menos en una danza habanera.

—Te has equivocado, proseguia su interlocutor, que era una especie de camastron, que asistia por curiosidad al baile, no sin fijarse en todas las personas, para sacar mas tarde á relucir porridades.

—Rosario me habia ofrecido un wals, apresúrome á sacarla, y cuando menos lo pienso, me espeta un "lo tengo dado," que me dejó nervioso y epiléptico.

—Eso te va á pasar toda la noche; busca alguna fea rezagada, y lánzate entre esa turba, que ya hunde el salon á patadas.

—La moda de los acicates me tiene horripilado, en menos de diez minutos han hecho girones los trajes de las señoras.

—Nada tiene de particular, son soldados de caballería.

—Eso no es lógico, porque los artilleros traerian sus morteros y obuses.

—Quién sabe si mas tarde.

—Caballero, caballero, dijo un oficialito frances acercándose á los dos jóvenes, esta señora desea tomar aire, si teneis la bondad de conducirla á los corredores, os lo estimaria mucho, porque estoy comprometido á bailar esta polka que se comienza á tocar.

Sin dar lugar á que le contestasen, dejó plantada á una vieja llena de plumas y gallardetes frente á los dos amigos, que se miraron asombrados.

—Y bien, caballeros, quién me conduce?

Los amigos guardaron silencio.

—Noto que ninguno quiere ser desairado por preferencias inconvenientes, y me veo en el caso de asirme del brazo de ambos para que no haya sentimientos.

—Por mi parte no los puede haber, respetable señora, dijo el amigo del dandy.

—Cómo es eso de *respetable*, caballero? Yo no soy una *señora*, ni menos *respetable*, soy señorita hasta hoy, gracias á Dios.

—Como el matrimonio no se conoce en la fisonomía, usted me perdona.

—Eso es otra cosa, aunque siendo usted de Orizava, debia conocerme.

—Ya, pero no tenia el honor de----

—Pues calle de---- me tiene usted á su disposicion.

—Mil gracias.

En aquellos momentos pasaba una jóven del brazo de un oficial, y acercándose al dandy, le dijo al oido:

—Me ha dejado usted sentada, señor de Miraflores, doy á usted las gracias.

—Es cierto, gritó el jóven dándose una palmada en la frente, soy un animal, la única pieza que tenia asegurada se me va

de entre las manos; espere usted, disimule usted, la satisfago á usted, baile usted, hace usted muy bien!... pero es necesario que yo explique, que aclare esta equivocacion, y diciendo esta ensarta de majaderías se lanzó en pos de la pareja que desapareció en el torbellino del baile.

—Ese hombre es inoportuno, dijo la señora emplumada; pero al fin me ha sacado de un gran compromiso, ya nos quedamos solos y de pareja.

—Yo no puedo consentir esto, señora, Miraflores tendrá que darle á usted una satisfaccion.

—No la necesito.

—Pero yo soy todo un caballero, y esto no debe quedar-se así.

Y á renglon seguido se marchó, sin atender á los clamores de la señora, que viéndose sola y desairada, tuvo á bien desmayarse sobre un teniente coronel de caballería, que á fuerza de coñac estaba algo entorpecido.

—Ea, madama! se ha enredado el canelón de la charretera con el peinado.

Viendo en gran peligro su tocado, la noble dama se levantó, apoyándose en los brazos hercúleos del soldado, dejando un pintarrajo de cosmético prieto en la solapa del uniforme.

—Si usted es caballero, le suplico pida una satisfaccion al señor de Miraflores, causa de mi desmayo.

El soldado se decidió por la aventura, y preguntó á la señora quién era el atrevido.

—Aquel, aquel narizon de los cuellos parados y el frac puntiagudo, aquel jóven alto y espigado como una garrocha y rubio como un coco; aquel del chaleco blanco y guantes idem.

—Ya, ya lo distingo. Caballero Jardines, caballero Amapolas, venga usted acá.

—Miraflores, caballero, es el apelativo de ese imberbe.

Dirigióse el soldado, y dando un golpe al dandy en el hombro, le dijo:

—Perdone usted!

—Me ha roto la clavícula este elefante.

—Venga usted conmigo.

Al momento salieron ambos del salon, y ya en el patio de la casa, el soldado tomó por la oreja al jóven y lo levantó dos palmos de la superficie del suelo.

—Uff! qué animal!

—A las damas no se les ofende impunemente.

—Caballero, fué un olvido, la polka era un ofrecimiento hecho con un dia de anticipacion, ya he reparado el olvido.

—Pues para refrescar la memoria, bueno es calentar las orejas.

Y dió otro par de tirones que dejó estupefacto al infeliz jóven.

—Ahora, vaya usted, y baile otra pieza con esa señora.

—En el acto, y sírvase usted no mezclarse en mis negocios, ni *intervenir* tan directamente con los que somos partidarios de la *intervencion*.

—Buenos partidarios tenemos! murmuró el soldado. Y tomó rumbo á su alojamiento.

#### IV.

Tras una columna del patio se habia ocultado el amigo de Miraflores, y presenciado la ridícula escena que acabamos de describir.

El dandy tornó al salon hecho una furia contra el frances.

Lo primero con que tropezó fué con la vieja.

—Gracias á Dios que no ha sucedido una desgracia!

—Déjeme usted, señora, que estoy hecho un toro.

—Ha matado usted al teniente coronel?

Miraflores vió con tal ira á la emplumada señora, que esta temió por la vida del frances.

- No hay duda, lo ha matado!
- A quién? á quién? preguntaron varias voces.
- Al teniente coronel H.
- Quién es H?
- Un hombre generoso sobre el cual acabo de desmayarme.
- Ah!
- Oh!
- Pero, ¿qué significa eso, señores?
- Nada, que ese señor se ha marchado bueno y sano á su casa.
- Vámonos, hermana, dijo un señor obeso y de frac rabon, vámonos, has dado un escándalo en el baile; mañana no se va á hablar de otra cosa en Orizava, donde hay tanto juarista observando nuestros movimientos.
- Deténgase usted, señor de Bedoya, y convénzase de que nadie ha reparado en ustedes; los franceses todo lo han absorbido, y no hacen el menor aprecio de los mexicanos que se les unen, ni en bailes, ni en política; vea usted, sin ir muy lejos, allí está Almonte, ni una sola vez le ha dirigido la palabra el general Forey; todos sus ministros andan como pájaros espantados, fuera de su centro.
- El dicho de usted es sospechoso.
- Ya veremos mas tarde; entretanto, la ausencia de usted, lo mismo que su presencia, son de todo punto inapercibidas.
- Eso es un insulto?
- No, es simplemente una verdad.
- Es que á mí me ha saludado el general de una manera muy afable.
- Y eso qué importa?
- En política todo tiene significacion.
- Me alegro.

- Vaya un gracioso altercado! dijo Wask á Manzanedo; esta gente no sabe el terreno en que se encuentra, se creen que los franceses los tienen en mucho, eso es perder la conciencia de lo que valen.
- Reparad, caballero, en que habláis delante de un mexicano.
- Perdonad, amigo Manzanedo, pero á vos no os nivelo con esos entes ridículos que disputan en el salon y en plena concurrencia.
- Es que ese jóven con quien alterca Bedoya no es un cualquiera.
- Ya lo conozco, pertenece á una buena sociedad, y está en el baile para observar cuanto pasa y escribir á los periódicos de la capital.
- A pesar de mi adhesión á los principios intervencionistas, me disgusta profundamente la arrogancia francesa.
- No vale la pena.
- Si hubiera otro medio de salvar nuestros intereses, yo lo aceptaría gustoso; hay algo de terrible en que el extranjero pise en son de guerra el territorio patrio.
- Estais montado á la antigua, la patria es el dinero, ó por lo menos, abre las puertas de todas las patrias.
- No estamos del todo acordes, Wask.
- Hace tiempo que os encuentro susceptible y escrupuloso; hablando de otra cosa, vuestro amo, el príncipe don Juan, creo que será un buen rey de México.
- Os burlais, caballero?
- Estais quisquilloso como un colegial, ya sabeis que yo en este juego voy solo á mi negocio, y me cuído poco de la política; dinero, y dinero, y siempre dinero.

- Este hombre es un miserable! murmuró Manzanedo.
- Galante está don Fernando, dijo Wask viendo á su amigo que hacia confesion general al oido de una preciosa orizaveña.
- Me parece que el reducto será tomado.
- No lo creais, esa jóven tiene unos ojos demasiado lánguidos para dejarse arrastrar por las palabras del conde; estoy seguro de que lo rinde, y cuando salga mas bien librado, lo olvida á la salida del salon.
- Es que don Fernando es ya enamorado viejo.
- Esa es precisamente la razon, ha entrado en la edad de la pretension, tiene humos de conquistador, y á estos galanes son á los que las damas toman por lo regular como víctimas expiatorias.
- Es cuestion de poco momento, el conde á su vez olvidará á la dama, y todo queda arreglado, á no ser que el negocio de un dote pueda traer alguna conveniencia.
- Wask, Wask, siempre el dinero!
- No os hagais el hipócrita; tened, como yo, la franqueza de confesarlo; negadme que una muchacha hermosa lo es mas si trae el apéndice de veinte ó treinta mil pesos.
- Tal vez.

## VI.

- Desprendióse de su pareja el conde y vino al encuentro de sus amigos.
- Os habeis batido como un ruso, caballero.
- Pero estoy derrotado.
- No lo creo.
- En fuga y dispersion.
- Qué tenemos de nuevo?
- Algo que no deja de ser importante.

- Hablad, dijo Wask algo sobresaltado; porque sabia que don Fernando no era hombre que daba importancia á lo que no valia la pena.
- Ya sabeis que el general Comonfort desde su *golpe de Estado* habia caido en el desprestigio mas completo; arrojado en las playas del destierro lloraba con lágrimas de sangre su funesto error, y no quitaba la vista de su émulo, de ese Juarez que desde entonces se sienta en la silla presidencial.
- Y bien, caballero?
- No me impacientéis, Wask.
- Continuad.
- Comonfort pasó de Europa á los Estados-Unidos, y se fué acercando pausadamente á la frontera conteniendo el aliento por temor de ser detenido en su camino; tuvo algunas conferencias con el gobernador fronterizo, y acabó por pedir con voz doliente un pedazo de tierra que arar y una sombra hospitalaria en el suelo de la patria.
- Ese hombre es temible.
- Puede ser.
- Continuad, señor conde.
- Ya la serpiente estaba en el nido de regreso de sus escursiones y comenzaría á ponerse en tren de lucha.
- Era de esperarse.
- Aprovechando la oportunidad de la guerra con Francia, podia hacerse otra vez de sus elementos y aspirar á la presidencia, eterno sueño de sus ambiciones. Comenzó por pedir el mando del distrito y autorizacion para levantar fuerzas que engrosaran el ejército nacional, y despues de algunos meses ya era general en gefe del ejército del Norte.
- Mil rayos con ese hombre! exclamó Wask.
- Ya no era aquel hombre sumiso ante su derrota política; era hasta cierto punto otro poder frente al gobierno de Juarez, un verdadero antagonista.
- El mundo es de los atrevidos, es necesario no olvidarlo.

—Comonfort entró arrogante á la capital al frente de un magnífico cuerpo de ejército y poniéndosele en contacto con Gonzalez Ortega, rehusó quedar á las órdenes de ese general.

—Eso lo descontentaría.

—Precisamente, han ocurrido á México los dos generales y el gobierno ha declarado que Comonfort sería auxiliar del ejército de Oriente, en Puebla, y viceversa si la capital es atacada.

—Y qué encontráis en ese movimiento que os alarme?

—Vos no comprendéis nada de milicia, caballero.

—Eso es verdad.

—Si así no fuese, estaría á vuestro alcance que una plaza sitiada que cuenta con un ejército auxiliar fuera de sus muros, es una empresa sumamente difícil.

—Sabeis que Juarez no se descuida?

—Hace mucho tiempo que nos venimos equivocando; todos creíamos que eran los tiempos de Hernan Cortes, y ¡vive Dios! que ya llevamos un desengaño que pesará de hierro en la historia militar de la Francia: mas tarde será el solo borron en la hoja de servicios del imperio de Bonaparte.

—Es decir, dijo Manzanedo, que se nos espera en toda regla.

—En toda regla, caballero.

—Y qué augurais del éxito?

—Que si damos lugar, como hace un año, á que se reúnan todas las fuerzas de la República, nos costará mucha sangre la toma de Puebla, donde tendremos que detenernos otro año para avanzar á la capital, y mientras pueden surgir complicaciones en el mundo de la diplomacia.

—Ese es mi parecer.

—Afortunadamente mañana nos ponemos en marcha sobre Puebla, este viejo general tiene ya completo su contingente de cincuenta mil hombres, y ya podremos comenzar las operaciones.

—Y qué hay de Laurencez?

—Dicen los médicos que á consecuencia de la insolación, per-

dió la cabeza y no pudo ordenar con entero albedrío la acción sobre el cerro de Guadalupe, y fué la causa de la derrota.

—La disculpa es feliz, amigo mio; pero nadie la cree.

—No importa, sabido es que las mentiras son mas creídas que las verdades, dé ahí tantas glorias y reputaciones usurpadas; cuando menos se gana con una mentira, es poner en duda la verdad.

—Este don Fernando es un sábio.

—Esto lo dice la Biblia del mundo.

—Y con evangelistas como vos, el libro queda perfecto.

—Me marchó, dijo Manzanedo, estoy horriblemente fastidiado con esta soldadesca.

—Marchémonos, dijo don Fernando, que hay que madrugar; he pedido una seccion de vanguardia, porque quiero presenciarse todo, absolutamente todo.

—Irémos en vuestra compañía.

—Wask debe quedarse para vigilar á Saligny, ese hombre es de mal agüero para nosotros.

—Descuidad, no lo perderé de vista, trae en su caja los bonos que debemos dividirnos en México, segun instrucciones de los agentes de Jecker; señores, esa fortuna no tiene igual.

—Cuidado, dijo Manzanedo, que del plato á la boca se pierde la sopa.

—No os permito bromas sobre este asunto, caballero.

—Lo mismo creíamos antes del 5 de Mayo.

—Es que ahora es todo muy diferente, somos cincuenta mil hombres, y Forey no está loco como Laurencez.

—Os lo dije, exclamó don Fernando, ya está acogida la idea de la demencia de Laurencez por el mismo que la combatía.

—Todo puede ser, dijo Wask, si no está loco, por lo menos es un imbécil.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Marchémonos, ya comienza el desórden.

—Han tomado con exceso las oficiales.

—Esto para en estocadas. Los tres amigos, es decir, las tres cabezas de la hidra de la ambicion, fueron á soñar en la inquieta pesadilla de sus desvelos, la realizacion de aquel plan sangriento tan hábilmente llevado hasta entonces.

## VII.

La noche avanzaba y el salon se quedaba desierto de señoras; entonces la soldadesca se precipitó á los manjares y botellas, y comenzó á brindar por el triunfo de sus armas.

Mr. de Saligny dijo tambien un brándis muy elocuente: pero que nadie pudo escucharlo porque S. E. estaba ya debajo de la mesa á la hora de la perorata.

El viejo Forey echó otra proclama, diciendo que la suerte le habia hecho una *infidelidad* á la bandera francesa, refiriéndose al 5 de Mayo, y que era necesario vindicarse ante el mundo entero.

Esas *infidelidades* son de muy difícil reparacion. Pocos mexicanos simpatizaron con las ideas del prófugo de Sebastopol.

En nuestro mismo suelo y en presencia de los mexicanos, brindaba aquella soldadesca en una impía saturnal por el aniquilamiento de la patria.

De aquel festin saldrian en son de guerra sobre nuestras ciudades á disputarnos hasta el suelo donde descansan las cenizas de nuestros padres!

Almonte trataba de aparecer sereno; pero la tormenta de la rábia estremecía su corazon.

Ese ambicioso era la primera víctima de sus sacrílegos manejos, habia soñado apoderarse del país á la sombra de la bandera extranjera, subyugarlo, y hacerse centro de las influencias de Napoleon para hacer de la república un vireinato.

Su insuficiencia en los primeros pasos sobre la via revolucionaria, denunció al hombre de antaño, al hombre-fiasco, al aspirante desgraciado, al político silbado y al diplomático sin talento.

La Francia vió en peligro su obra, y pasó sobre aquel simulacro de gobierno, sobre aquella comedia ridícula, y derribó el castillo de barajas alzado en las horas de su sueño.

Ya no habia eleccion, ni plan de Córdoba y de Orizava, aquellos votos eran nulos, aquella voluntad nacional tan decantada una mentira; ahora, la mano de acero de un general seria la ley suprema.

Forey asumia el mando, y todo quedaba subordinado á la espada del conquistador.